

la primitiva, nos ha llevado a la conclusión de que las funciones de la mente humana son comunes a toda la humanidad. Conforme a nuestro método actual de consideración de los fenómenos biológicos y psicológicos, debemos presumir que éstos se han desarrollado de condiciones previas inferiores, y que en una época debe haber habido razas y tribus en que las propiedades aquí descritas no estuvieron desarrolladas, o sólo en forma rudimentaria; pero también es cierto que entre las razas actuales del hombre por primitivas que sean en comparación con nosotros mismos, estas facultades están altamente desarrolladas.

La capacidad media de la raza blanca se encuentra, en el mismo grado, en gran proporción de individuos de todas las razas, y aunque es posible que algunas de estas razas puedan no producir tan elevada proporción de grandes hombres como nuestra raza, no hay razón para suponer que son incapaces de adquirir el nivel de civilización representado por el grueso de nuestra propia población.

Es probable que la distribución de los rasgos aquí descritos no sea la misma en todos los pueblos. Particularmente en los grupos pequeños de origen no mezclado, ciertos rasgos pueden ser bastante prominentes. Cabe admitir que en casos excepcionales, donde una población coincide casi con un linaje familiar, las diferencias innatas quizá lleguen a ser importantes —como en la aristocracia de los mejores tiempos de Atenas— pero la importancia abrumadora de las condiciones exteriores, culturales, es tan grande, como hemos visto, y en comparación las diferencias raciales cuantitativas entre grandes poblaciones son tan mezquinas, que ninguna de las teorías sobre diferencias sustanciales entre las razas parece ser científicamente sólida.

CAPÍTULO VIII

Raza, lenguaje y cultura

Lo EXPUESTO en los capítulos precedentes demuestra que la forma corporal no puede ser considerada absolutamente estable y que las funciones fisiológicas, mentales y sociales son altamente variables, toda vez que dependen de las condiciones exteriores, de modo que no parece plausible una relación íntima entre raza y cultura.

Queda por investigar este problema desde otro ángulo, por medio de un estudio que evidencie si tipos, lenguajes y culturas están vinculados de manera tan íntima que cada raza humana se caracterice por cierta combinación de tipo físico, idioma y cultura.

Resulta obvio que si esta correlación existiera en un sentido estricto, los ensayos de clasificación de la humanidad desde cualquiera de los tres puntos de vista conducirían necesariamente a los mismos resultados; en otras palabras, que cada punto de vista podría ser usado independientemente o en combinación con los otros para, estudiar las relaciones entre los diferentes grupos de hombres. En efecto, se han realizado frecuentes ensayos de esta índole. Algunas clasificaciones de las razas humanas se basan totalmente en características anatómicas, aunque a menudo combinadas con consideraciones geográficas; otras en el estudio de una combinación de rasgos anatómicos y culturales que se consideran característicos de ciertos grupos de

la humanidad; mientras otras aún se fundan principalmente en la observación de los idiomas hablados por pueblos representativos de determinado tipo anatómico.

Los ensayos así efectuados condujeron a resultados completamente diferentes¹. Blumenbach, uno de los principales hombres de ciencia que procuró clasificar a la humanidad, distinguía cinco razas: la caucásica, la mongólica, la etíope, la americana y la malaya. Es fácil notar que esta clasificación se basa tanto en consideraciones geográficas como anatómicas, aunque la descripción de cada raza es primordialmente anatómica. Cuvier diferenciaba tres razas, la blanca, la amarilla y la negra. Huxley procedió más estrictamente sobre una base biológica. Combinó parte de las razas mongólica y americana de Blumenbach en una sola, asignó parte de los pueblos sudasiáticos al tipo australiano, y subdividió la raza europea en una división oscura y otra clara. La preponderancia numérica de los tipos europeos le indujo evidentemente a hacer distinciones más sutiles en esta raza, que dividía en razas rubias y morenas. Sería fácil establecer subdivisiones de igual valor en otras razas. Es aún más evidente la influencia de puntos de vista culturales en una clasificación como la de Klemm que dividía las razas en activas y pasivas, conforme a las conquistas culturales de los diversos tipos de hombre.

La tentativa más típica de clasificar el género humano mediante la consideración de los puntos de vista anatómicos y lingüísticos a la vez, es la de Friedrich Müller, quien toma como base de sus divisiones primarias la forma del cabello, mientras establece todas las divisiones menores sobre consideraciones lingüísticas.

Éstas y otras numerosas clasificaciones propuestas revelan claramente un estado de total confusión y contradicción; y de todo ello concluimos que tipo, lenguaje y tipo de cultura no están estrecha y permanentemente ligados.

Consideraciones históricas y etnográficas prueban la veracidad de esta teoría.

¹ La historia de estos ensayos puede consultarse en TOPINARD, pags. 1-147.

En el periodo actual podemos observar muchos casos en que ocurre un cambio completo de lenguaje y cultura sin el cambio correspondiente de tipo físico. Esto es exacto, por ejemplo, respecto de los negros norteamericanos, pueblo en general de origen africano, pero esencialmente europeo en cultura y lenguaje. Si bien es cierto que se descubren algunas supervivencias de cultura y lenguaje africanos entre los negros americanos, la cultura de la mayoría es esencialmente la de las clases incultas del pueblo con que conviven, y su idioma es en conjunto idéntico al de sus vecinos ingleses, franceses, españoles y portugueses, según sea el idioma predominante en las distintas partes del continente. Podría objetarse que el trasplante de la raza africana a América fue artificial, y que en tiempos antiguos no ocurrieron migraciones y trasplantes de tal amplitud y de igual índole.

La historia de Europa medieval enseña, sin embargo, que muchas veces acontecieron amplios cambios en materia de idioma y cultura sin los cambios correspondientes en la sangre. Recientes investigaciones de los tipos físicos de Europa han demostrado con gran claridad que la distribución de tipos ha permanecido igual por largo período. Sin considerar los detalles, puede decirse que un tipo alpino se distingue fácilmente de un tipo de Europa septentrional por una parte, y de un tipo del sud de Europa por la otra (Ripley, Deniker). El tipo alpino aparece de manera bastante uniforme en un área extensa cualquiera sea el idioma que se hable y la cultura nacional predominante en el distrito particular. Los franceses, alemanes, italianos y eslavos centroeuropeos son de tipo tan semejante, que podemos suponer en ellos, sin temor a equívocos, un grado considerable de consanguinidad a pesar de sus diferencias lingüísticas.

Casos de naturaleza semejante, en que hallamos permanencia de sangre con amplias modificaciones en el lenguaje y la cultura, se encuentran en otras partes del mundo. Así podemos mencionar a los veda de Ceilán, pueblo fundamentalmente diferente, en tipo, de sus vecinos cingaleses cuyo lenguaje parecen haber adoptado y de quienes también copiaron evidentemente una cantidad de rasgos

culturales (Sarasin y Seligmann). Otros ejemplos de la misma naturaleza es el que proporcionan los japoneses de la parte norte del Japón, que son sin duda, en buena medida, de sangre aino (Bälz, Ten Kate); y los *yu kaghir* de Siberia, que aunque conservan en gran parte la antigua sangre, han sido asimilados en cultura y lenguaje por sus vecinos *tungus* (Jochelson 2).

Si bien es, pues, evidente, que en muchos casos un pueblo sin experimentar considerable cambio de tipo como consecuencia de mezcla, cambió completamente su lenguaje y cultura, pueden aducirse otros casos que prueban que un pueblo ha conservado su idioma a pesar de los cambios esenciales sobrevenidos a su sangre, a su cultura o a ambos. Cabe mencionar como ejemplo de este proceso a los *magiars* de Europa, que han conservado su idioma, a pesar de haberse mezclado con pueblos que hablan idiomas indoeuropeos, y haber adoptado realmente la cultura europea.

Condiciones similares debieron prevalecer entre los *athabascos*, una de las grandes familias lingüísticas de Norte América. La gran masa de pueblos que habla idiomas pertenecientes a este grupo vive en la parte noroccidental de América entre Alaska y la Bahía de Hudson, mientras algunas pequeñas tribus de California hablan otros dialectos y un gran conglomerado de pueblos de Arizona y Nuevo Méjico² emplean otros aún. La relación entre todos estos dialectos es tan estrecha que debe considerárseles ramas de un amplio grupo, y cabe suponer que todos ellos han surgido de un idioma hablado en cierta época en un área continua. Al presente los pueblos que hablan estos idiomas difieren fundamentalmente en tipo, y los habitantes de la región del Río Mackenzie son por completo distintos de las tribus de California, y éstos, a su vez, difieren de las tribus de Nueva Méjico. (Boas 15, 19). Las formas de cultura en estas diversas regiones son también totalmente distintas: la cultura de los *athabascos* de California se parece a la de otras tribus californianas, mientras

² Véase el mapa en el *Handbook of American Indians* (Bulletin 30 of the Bureau of American Ethnology), parte I (1907).

que la cultura de los *athabascos* de Nueva Méjico y Arizona está influida por la de otros pueblos de aquel territorio³. Parece plausible que ciertas ramas de este tronco migraron de una parte a otra de esa vasta extensión donde se mezclaron con los pueblos vecinos y cambiaron así sus características físicas, mientras conservaban su idioma. Desde luego que sin la evidencia histórica, este proceso no puede ser probado.

Estos dos fenómenos —retención de tipo con cambio de idioma, y retención de idioma con cambio de tipo— aparentemente opuestos el uno al otro a menudo ocurren simultáneamente. Ejemplo de ellos es la distribución de los árabes a lo largo de la costa de África. En general, el elemento árabe ha conservado su lenguaje; pero al mismo tiempo eran comunes los matrimonios con las razas nativas, de tal modo que los descendientes de los árabes han conservado su antiguo idioma y han cambiado su tipo. Por otra parte los nativos han abandonado, hasta cierto punto, sus propios idiomas pero han continuado casándose entre ellos y han conservado así su tipo. Siempre que un cambio de esta índole se produzca como consecuencia de alianzas con mezcla de sangres ambos tipos de cambios ocurrirán al mismo tiempo, y serán clasificados como cambio de tipo o cambio de idioma, según nuestra atención se dirija a uno u otro pueblo, o, en algunos casos, según uno u otro cambio sea el más pronunciado. Los casos de asimilación completa, sin mezcla alguna del pueblo implicado, parecen ser muy raros, si no absolutamente inexistentes.

Los casos de permanencia de tipo y lenguaje y de cambio de cultura son mucho más numerosos. En realidad, toda la evolución histórica de Europa, desde los tiempos prehistóricos en adelante, es una serie incesante de ejemplos de este proceso, que parece ser mucho más fácil, puesto que la asimilación de culturas ocurre en todas partes sin verdadera cruza de sangre, por efecto de la imitación. Prueba de difusión de elementos culturales pueden hallarse por doquier. Ni las diferencias de razas ni de idio-

³ GODDARD, REICHARD, MORICE, MATTHEWS 2.

FRANZ BOAS

ma son barreras eficaces para contener su expansión. En Norte América, California ofrece buen ejemplo de esta índole, pues se hablan allí muchos idiomas, y existe cierto grado de diferenciación de tipo, pero al mismo tiempo prevalece una considerable uniformidad de cultura (Kroeber 2, 3). Otro ejemplo es el de la costa de Nueva Guinea, donde, a pesar de pronunciadas diferenciaciones locales predomina un tipo de cultura bastante característico que va acompañado de fuerte diferenciación lingüística. Entre pueblos más altamente civilizados, toda el área que se encuentra bajo la influencia de la cultura china merece ser citada como ejemplo.

La cultura de África demuestra que las diferencias raciales no son obstáculo para la difusión. La ganadería de Asia ha modificado la vida cultural de una gran parte de África. Las formas políticas y jurídicas del negro son, en gran medida, la réplica de las de la Europa feudal. Sería inútil tratar de entender las instituciones africanas sin tener presente su íntima vinculación con los continentes vecinos. En el extremo sud de África los bosquimanos y bantú representan dos pueblos que difieren en tipo y lenguaje. Sin embargo, los sonidos del idioma del bantú del sud presentan cierta semejanza con los sonidos de las lenguas bosquimanas, que no se repiten en ninguna parte del continente; esta semejanza consiste en la aparición de sonidos que se producen absorbiendo el aire con fuerza en lugar de expelerlo. Sonidos muy débiles de este tipo aparecen en otras partes del continente y quizás indiquen la existencia en cierta época de un antiguo hábito idiomático que abarcaba una extensión mayor; pero su aparición particular entre los bantú del sud sólo puede explicarse por una asimilación reciente.

Estas consideraciones demuestran que, al menos en la actualidad, el tipo anatómico, el lenguaje y la cultura no tienen necesariamente el mismo destino; que un pueblo puede permanecer constante en tipo y lengua y cambiar de cultura; que puede permanecer constante en tipo, pero cambiar de idioma o puede permanecer constante en idioma y cambiar de tipo y cultura. Resulta obvio, por lo tanto, que las tentativas de clasificar a la humanidad, ba-

ANTROPOLOGÍA CULTURAL

sadas en la distribución actual de tipo, lengua y cultura, deben conducir a resultados diferentes, según el punto de vista adoptado; que una clasificación basada esencialmente en el tipo conducirá a un sistema que represente más o menos las consanguinidades de los pueblos; pero estas no siempre coinciden con sus vinculaciones culturales. Del mismo modo, las clasificaciones que se basan en el idioma y la cultura no coinciden necesariamente con una clasificación biológica.

Si esto es cierto, no existe entonces tal problema ario por lo que a la historia de los idiomas arios se refiere; y son puramente arbitrarias porque no están de acuerdo con los hechos observados, tanto la suposición de que determinados pueblos cuyos miembros siempre han tenido relación de consanguinidad deben haber sido los portadores de este idioma a través de la historia, como la otra suposición de que cierto tipo cultural debe haber pertenecido siempre a los pueblos que hablan lenguas arias.

No obstante, debemos reconocer que en una consideración teórica de la historia de los tipos humanos, de los idiomas y culturas, nos vemos llevados de nuevo a suponer condiciones primitivas, en las cuales cada tipo estaba mucho más aislado del resto de la humanidad que lo que se halla actualmente. Por esta razón la cultura y la lengua pertenecientes a un tipo único deben haber estado mucho más rigurosamente separadas de las de otros tipos de lo que al presente encontramos. Tal condición no ha sido observada en ninguna parte; pero el conocimiento de la evolución histórica casi nos obliga a suponer su existencia en un período muy antiguo de la evolución de la humanidad. De ser así, surgiría la pregunta de si en un período primitivo un grupo aislado se caracteriza esencialmente por un único tipo, un único idioma y una cultura única, o si en tal grupo pudieron haber estado representados diferentes tipos, diferentes idiomas y culturas.

La evolución histórica de la humanidad ofrecería un cuadro más claro y sencillo si estuviera justificada nuestra creencia de que en las comunidades primitivas los tres fenómenos estaban íntimamente asociados. Empero no existe prueba alguna en favor de este aserto. Por el con-

trario, la distribución actual de los idiomas, comparada con la distribución de tipos, hace probable que aún en los tiempos más remotos, dentro de las unidades biológicas estuvieran representados más de un idioma y más de una cultura. Creo que puede afirmarse con certeza que en todo el mundo la unidad biológica —dejando de lado las diferencias locales menudas— es mucho mayor que la lingüística; en otras palabras, que los grupos de hombres tan estrechamente relacionados en apariencia corporal que debemos considerarlos representativos de la misma variedad del género humano, abarcan un número de individuos mucho mayor que el número de hombres que hablan idiomas que sabemos genéticamente emparentados. Pueden encontrarse ejemplos ilustrativos en muchas partes del mundo. Así, la raza europea —incluyendo bajo este término el conjunto de todos los individuos que clasificamos sin titubeos como miembros de la raza blanca— incluiría pueblos que hablan idiomas indoeuropeos, vasco, semíticos y uralaltaicos. Los negros de África Occidental representarían individuos de cierto tipo negro, pero que hablan los idiomas más diversos; y lo mismo podría decirse, entre los tipos asiáticos, de los siberianos; entre los tipos americanos, de algunos indios californianos.

En la medida de que disponemos de testimonios históricos, no existe razón para creer que el número de idiomas que por su forma y contenido ahora no se pueden referir a una lengua madre común, haya sido menor en otra época que en este momento. Todas nuestras pruebas sirven más bien para demostrar que el número de idiomas aparentemente no relacionados era mucho mayor otrora que en la actualidad. No disponemos hasta el presente de medios para determinar si existió una condición aún más antigua en que los idiomas que parecen distintos estuvieran en cierto modo relacionados. Por otra parte el número de tipos que presumiblemente se han extinguido es más bien pequeño, de manera que no hay razón para suponer que en alguna época haya habido una correspondencia más estrecha entre el número de tipos lingüísticos y anatómicos distintos; y así llegamos a la conclusión de que cabe suponer que en un período lejano existieran pequeños grupos

aislados de gentes de tipo similar, cada uno de los cuales pudo poseer un lenguaje y una cultura propios.

Incidentalmente podemos señalar aquí que, desde este punto de vista, la gran diversidad de idiomas hallada en muchas remotas zonas montañosas no debería explicarse como el resultado de la presión gradual ejercida por restos de tribus para retornar a distritos inaccesibles, sino que parecería más bien una supervivencia de una antigua condición general de la humanidad, en que cada continente estaba habitado por pequeños grupos de personas que hablaban idiomas distintos. Las condiciones presentes se habrían desarrollado a raíz de la extinción gradual de muchos de los viejos linajes y su absorción o extinción por otros, que así llegaron a ocupar un territorio más vasto.

Sea como fuera, las probabilidades están decididamente en contra de la teoría de que originariamente cada lengua y cultura estuvieran limitadas a un solo tipo, o que cada tipo y cultura se limitaran a un idioma; en resumen, que haya habido en alguna época estrecha relación entre estos tres fenómenos.

Si tipo, idioma y cultura estuvieran íntimamente vinculados por su origen, se seguiría de ello que estos tres rasgos habrían evolucionado aproximadamente en el mismo período y de mancomún. Esto no parece en modo alguno verosímil. Los tipos fundamentales de hombres representados en las razas negroide y mongólica deben haber estado diferenciados mucho antes del desarrollo de aquellas formas de lenguaje que ahora reconocemos en las familias lingüísticas del mundo. Creo que hasta la diferenciación de las subdivisiones más importantes de las grandes razas precede a la formación de las familias lingüísticas reconocibles. De todos modos la diferenciación biológica y la formación del lenguaje estaban sujetas, en aquel lejano período, a las mismas causas que actúan sobre ellas ahora, y toda nuestra experiencia demuestra que estas causas pueden provocar grandes cambios en el idioma mucho más rápidamente que en el cuerpo humano. En esta consideración se funda principalmente la teoría de la falta de co-

relación de tipo y lenguaje, aun durante el período de formación de tipos y familias lingüísticas⁴

Si el idioma es independiente de la raza, lo es más aún respecto de la cultura. En otras palabras, si un grupo de cierto tipo racial emigró a un área extensa antes de que su idioma adquiriera una forma que podamos reconocer como una única familia lingüística, y antes de que su cultura adoptara formas cuyos rastros podamos reconocer todavía entre sus descendientes actuales, será imposible describir una relación entre tipo, lengua y cultura, aun si hubiera existido en un tiempo remoto.

Es muy posible que pueblos de un tipo común se extendieran sobre un vasto territorio y que durante este proceso su idioma se modificara de manera tan profunda en cada localidad, que el parentesco de las formas modernas, o más bien que el origen común de una lengua común, no pueda ya descubrirse. De la misma manera su cultura puede haberse desarrollado en formas distintas independientemente de su antigua cultura, o al menos de tal manera que de haber existido las relaciones genéticas con la forma primitiva, no pueden ser determinadas ahora.

Si aceptamos estas conclusiones y rechazamos la hipótesis de una estrecha asociación original entre tipo, lenguaje y cultura, se sigue que todo ensayo de clasificación de la humanidad desde más de uno de estos puntos de vista debe conducir a contradicciones.

Es menester no olvidar que el vago vocablo 'cultura' tal como aquí lo usamos, no es una unidad que signifique que todos los aspectos de la cultura deban haber tenido el mismo destino histórico. Los puntos de vista que aplicamos al lenguaje pueden aplicarse asimismo a los varios aspectos de la cultura. No hay razón que nos obligue a creer que los inventos técnicos, la organización social, el arte y la religión se desarrollen precisamente del mismo modo o que estén orgánica e indisolublemente vinculados. Como

⁴ No se debe entender que esto signifique que toda lengua primitiva se halla en constante estado de rápida, modificación. Existen muchas pruebas de una gran permanencia en los idiomas. No obstante cuando, debido a ciertas causas internas o externas, sobrevienen cambios, es fácil que éstos provoquen una completa modificación en la forma del lenguaje.

ejemplo ilustrativo de su independencia podemos mencionar al chukchee marítimo y al esquimal que tienen una cultura material semejante, casi idéntica, pero difieren en su vida religiosa; o las diversas tribus indias de las planicies occidentales; o aquellas tribus bantú cuya vida económica es parecida pero difieren en estructura social. La falta de cohesión resalta con mayor evidencia en las tentativas de trazar un mapa de los rasgos culturales tal como lo realizaran Ankermann, Frobenius y Wieschoff para el África, y Erland Nordenskiöld [2] para Sud América. No obstante la apariencia de áreas unidas, las discontinuidades de distribución son una de las características más notables de estas cartas. Los límites de distribución no concuerdan, ni con referencia a la distribución de tipos e idiomas, ni a la de otros fenómenos culturales como la organización social, ideas religiosas, estilo de arte, etc. Cada uno de ellos tiene su propia área de distribución.

Ni siquiera el idioma puede ser tratado como una unidad, porque sus materiales fonéticos, gramaticales y lexicográficos no están indisolublemente unidos, y por cuando idiomas distintos pueden tomarse por asimilación semejantes en algunas características. La historia de la fonética y la lexicografía no están necesariamente ligadas a la historia de la gramática.

Las así llamadas 'áreas de cultura' que se usan por comodidad al tratar los rasgos generalizados, se basan por lo común en la identidad *de* condiciones geográficas y económicas y en semejanzas de cultura material. Si las áreas de cultura estuvieran basadas en el lenguaje, religión u organización social diferirían de modo fundamental de las aceptadas generalmente.

Si aplicamos esta consideración a la historia de los pueblos que hablan idiomas arios concluimos que este lenguaje no ha surgido necesariamente de uno de los tipos de hombre que hoy hablan idiomas arios; que ninguno de ellos puede ser considerado un descendiente puro, sin mezcla del pueblo original que habló el idioma ario de los antepasados; y que además el tipo original puede haber desarrollado otros idiomas al lado del ario.

Podría preguntarse si cabe ordenar las realizaciones culturales de las razas en una serie progresiva, en la que unas razas han producido valores inferiores, y otras más nobles. Si pudiese establecerse una progresión de la cultura y si al mismo tiempo, pudiera demostrarse que las formas más simples aparecen siempre en algunas razas, y las más elevadas en otras, sería quizá posible concluir que existen diferencias de capacidad racial. Pero es fácil observar que las más variadas formas culturales aparecen en la mayoría de las razas. En América puede compararse a las civilizaciones superiores de Perú y Méjico con las tribus primitivas de Tierra del Fuego o con las del norte de Canadá. En Asia a chinos y japoneses con los primitivos yukaghir; en África a los negros del Sudán con los cazadores de las selvas vírgenes que viven tan próximos. Únicamente en Australia no se encuentran formas superiores de cultura; y nuestra propia civilización moderna no reconoció ninguna que se le pudiera comparar entre otras razas hasta que en tiempos muy recientes Japón y China entraron a participar de muchas de nuestras actividades más valiosas, así como antaño nosotros adoptamos muchas de sus realizaciones.

Los errores fundamentales de todas las conclusiones fundadas en las realizaciones de diversas razas han sido discutidos ya (pág. 22). Debemos recalcar nuevamente que nunca podemos estar seguros de si el carácter mental de una tribu primitiva es la causa de su cultura inferior, de tal modo que en condiciones favorables podría alcanzar una vida cultural más avanzada, o si su carácter mental es el efecto de su baja cultura y cambiaría con el adelanto de su cultura. Es poco menos que imposible encontrar material para responder a esta pregunta, excepto en relación a los pueblos de Asia oriental, porque hoy día no existen poblaciones numerosas de raza foránea situadas en condición de igualdad social y política con los blancos y que gocen de las mismas oportunidades de desarrollo intelectual, económico y social. El abismo entre nuestra sociedad y la suya es tanto más profundo cuanto mayor el contraste en apariencia física. Por este motivo no podemos esperar el mismo tipo de evolución mental en estos grupos.

Las consideraciones que al comienzo de nuestro estudio nos llevaron a la conclusión de que en los tiempos modernos las tribus primitivas no tienen oportunidad de desarrollar sus habilidades innatas, nos impiden formar opinión alguna respecto a su capacidad racial hereditaria. A fin de responder a esta cuestión necesitamos entender con una mayor claridad la evolución histórica de la cultura. De este asunto nos ocuparemos en los capítulos siguientes.